

Cinebar

Ismael Victor



Image not found.

Capítulo 1

Mujeres

...

-Creo que no tengo la estabilidad emocional para hacerme cargo de funciones con demasiada carga de responsabilidad. Eso me convierte en un ser totalmente común -dije.

-Si te dieran la posibilidad en un lugar donde ganaras diez veces lo que ganas hoy, trabajando de entrenador, controlador de pluma, conductor de un noticiario o algo así, ¿lo aceptarías? -preguntó Tito.

-Los trabajos que tú nombras requieren puntualidad y nervios de acero, características que no poseo y que no me interesan. Por ejemplo, si yo tuviera que pilotear un avión comercial, sería como el piloto alcohólico y drogadicto de la película.

-¿Cuál? Esa de un magnate que se mete al rubro de los aviones. Un tipo que es medio maniático e hipocondriaco. Aviador creo que se llama.

-¡No! Esa es mala y el protagonista hace una interpretación muy sobreactuada. Además tiene cara de lactante, está incapacitado para hacer roles de carácter. En la que yo te digo actúa un negro.

Tito puso cara de desconcierto y levantó su vaso de ron como cuando levantan una autopista. Él era la única persona con que me relacionaba fuera del horario laboral. Era una costumbre mía -si bien no quería- conocer a un compañero para que me contara sobre los asuntos competentes al trabajo. Cuando uno llega a algún lugar nuevo necesita algo de orientación, sino todo se vuelve más cuesta arriba. Toda la información debía obtenerla con cautela para no perder la magia de una "amistad", producto de un interés subterráneo. Además, nunca se sabe cuáles son los lazos que tiene un trabajador antiguo dentro de la empresa; no podía caer en juicios de valor o en presiones excesivas. Era uno esos bares sucios. Paredes rayadas, mesas cochinas, baños más cochinos, y gérmenes bebiendo. Nadie (creo) anda de radar por la vida, así es que no podría generalizar con los bebedores. Tito era más que un germen, al menos. Pese a las características del bar, tenía como gracia que daba películas en las cuatro pantallas que tenía repartidas. Decían que el dueño era cinéfilo. Ese ambiente nos llevó a hablar de cine con Tito.

-La última película que vi fue sobre un francotirador -dijo Tito. El más letal de Norteamérica. Se le adjudicaban, antes de ser asesinado, más de quinientas muertes. En el periodo post 11 de septiembre. No solo

disparaba, sino que apoyaba a los seal en terreno, interrogaba, etc. Francotirador, otra labor imposible para algunos. Y tu Juan ¿Cuál fue la última que viste?

En la tv pasaban la nueva versión de Batman, pero nadie ponía mucha atención.

-La de un tetrapléjico que le pedía a su masajista que tuviera sexo con él -respondí. No sé si era la última que había visto, pero a veces no quieres recordar. A veces es como forzar en vano el motor. Brrmm, brmm, ruuun. Tito volvió a quedar sin respuestas. No sé qué tenía o que le pasaba. En uno de esos silencios en que Tito ordenaba sus ideas me quedé mirando la actividad del bar. Un hombre de baja estatura y mediana edad conversaba con otro hombre de la misma edad, este más alto. Tenía el ojo izquierdo operado. La operación no había sido muy bien hecha, a simple vista. El parpado y la piel de la cavidad ocular estaban arrugados como bola de papel. Lo hacía ver más feo de lo que era. Estaba lejos de ser una imperfección atractiva. Lo interesante es que a nadie le falta dios. Mientras los miraba llegaron dos señoras y se sentaron en la mesa con ellos. Si las chicas no conocían al de la operación deben haberse llevado una sorpresa incomoda. Y creo que fue así, porque ninguna de las dos lo saludó con ganas. Al rato estaban riendo. Tito al parecer intentaba recordar más películas y por como bebía, pensaba que el ron lo ayudaría a hacerlo. Yo también aproveche la pausa en la conversación para concentrarme en el vaso. Estábamos pagando un buen ron para no apreciar su sabor. Las películas son para conquistar mujeres, no sé qué hacía hablando con Tito sobre aquel tema.

Esa noche no conocí a Tito en toda su dimensión por lo siguiente.

Al otro día pasó por mi casa en la tarde con su novia. Fue inesperado porque recién nos habíamos deseado un buen fin de semana a la salida del trabajo. Tenía suerte Tito, su novia era bella y simpática. Nos tomamos unas cervezas en la plaza. Era todo tan casual que creí que era todo. Sin embargo, ambos sugirieron comprar un vodka y continuar la charla sentados en el pasto de la plaza, a lo que accedí. Volvimos de la compra y tomamos posiciones para el segundo tiempo. Tito despegó los tres vasos de plástico y mezcló el alcohol con la bebida. Su novia lo ayudó con los hielos. El astro rey pegaba fuerte y la sed arreciaba. Era buen momento para un coctel. Ignoró porque Tito abrió la charla hablando del horror. "Hay que conocer el horror en todas sus versiones para que después no te sensibilices con nada. Conocerlo en su raíz, como lo hacen los militares en sus entrenamientos. Vivir la guerra para luego no tener enemigo con el que acobardarte". La novia lo miraba con ojos de incredulidad. A mí me estaba pareciendo entretenido. Creí que Tito se limitaba a hablar de películas y deporte como todo el mundo. "Soy la negación del otro. Lo que haga o diga el otro, yo voy a estar en postura opuesta o voy a decir lo contrario. No me importa lo que sea". El ron le

sacaba el ángel y el vodka el demonio, claramente.

-¿Qué haces tú? -le pregunté a la chica.

-Feña -informó tardío, Tito.

-¿Qué haces tú, Feña? -dije.

-Soy profesora particular de niños -respondió con entusiasmo.

-¿Te gusta lo que haces? -inquirí.

-¡Me encanta!

-Cuéntale del tipo -le dijo Tito a Feña.

-Ah, sí. Lo que pasa es que en una de las casas que trabajo, hay un papá que me jotéa. El viejo está cesante, entonces vive acercándose a mí cuando los niños andan es por otra parte. Me da mucho asco.

La chica tomó un trago como para olvidarse del tema. Y dijo, ¿ustedes no se aburren de ensamblar cocinas? Era una pregunta un poco obvia, pero que tenía un fuerte sentido retorico.

-Es igual de aburridor que cualquier otro trabajo -respondí- si pagaran por mecerse en una hamaca, estaría en eso.

-¿Y qué hay de tus pasiones? -dijo Feña.

-¿Es una pregunta bastante íntima no crees? -respondí.

Feña se puso incomoda y luego relajada cuando me reí. "Apenas lo conoces, nena" siguió con la broma, Tito.

-Yo siento pasión por ti, mi amor. Más todavía después de tres vasos de alcohol. -agregó Tito.

Piropos son piropos. Feña lo tomó con agrado.

-Está a punto de salir una ley que prohíbe los piropos callejeros -acoté.

-El otro día un loco piropeó a la Feña y lo molí a combos -contó Tito.

Feña movió los ojos hacia arriba y acompañó el movimiento con la cabeza.

-Un día tenemos que boxear unos rounds -dijo tito. Claro que sí -respondí.

Vació de la botella, vacío del alma -dijo tito. El ruso estaba horizontal en el pasto. En menos de quince minutos volvimos con otro igual. Vendría a ser el extra time. Jugadores cansados, jugando a puro corazón. No era muy bueno que se estuviera oscureciendo, en las calles de Atriles abundaba la delincuencia, sobre todo nocturna. En el centro de la plaza estábamos en una evidente posición de vulnerabilidad. Naturalmente no era la sensación que teníamos. Dos centinelas moscovitas nos protegían. Feña había repetido tres veces en un ahora que era peligroso continuar ahí. Tito no hacía caso de las advertencias y a mi poco me preocupaban. Inclusive le dimos la pasada a un tipo para que se sentara con nosotros. Era un tipo moreno de unos cuarenta años que usaba el pelo largo. Nos pareció simpático a Tito y a mí, porque nos contó que venía saliendo de la cárcel. Era señal de sinceridad para nosotros. Por el semblante de Feña, las cosas se iban saliendo de control, poco a poco. Ella acercó la boca a la oreja de Tito para comentarle algo. Tito reía cada con más fuerza.

-Espero que no se asusten. No soy un tipo violento -dijo el aparecido- los vi aquí cagados de la risa y quise compartir con ustedes. Señorita espero que no la esté molestando.

Feña no respondió.

Por supuesto que no molesta -dijo tito- un placer conocerlo, maestro. Cuéntenos que lo llevó a la capacha.

-Unos trabajitos mal hechos nomas. Nos pillaron a mí y a mi compañero y nos dieron cinco y uno.

-¿Y sabe pelear, jefe? -preguntó tito.

-Hay que saber, pero no me gusta andar haciendo problemas.

No había terminado de responder y Feña empezó a reclamar una billetera perdida. -Me la robaron, Tito, me la robaron. -¿Pero cómo, Feña -se preguntaba tito- como pudo pasar si estamos solo nosotros?

-No vayan a pensar mal de mí -dijo el invitado de piedra- no soy de los que le roba a los amigos.

Tito no le prestó mucha atención al problema, lo que provocó que Feña se enojara y se fuera.

-Mujeres -exclamó Tito. Inmediatamente se le ocurrió a mi compañero que hiciéramos una ronda pugilística. El moreno de pelo largo, auto descrito como no violento, se paró tímidamente dando a entender que estaba listo. Tenía una guardia baja del estilo clásico. Una de sus manos

siempre estaba penduleando abajo y la otra se mantenía cerca del pecho. Las intercambiaba dependiendo del perfil. Tito en cambio, quien tenía cierta cara de peleador, con la nariz chata y la mandíbula gruesa, no se mostraba ni ágil ni coordinado. Apenas levantaba los brazos y su atención andaba frágil. Esta combinación de factores desembocó en un recto de izquierda que botó a Tito al suelo. El desconocido lo ayudó a pararse y ambos rieron. Era mi turno y en mi condición era seguro correr la misma suerte de Tito. Sin verlo venir, mi sparring me había colocado un cruzado en el mentón. Fue solo un toque. Lo felicité y nos volvimos a sentar. Traté de concentrarme en lo que estaba pasando porque si la cosa seguía así, el horror caería en los próximos minutos sobre Tito y yo, sin clemencia. El movimiento físico creo que nos había sacado de la somnolencia a ambos, aunque solo un poco. Creo que Tito había entendido que Feña se había ido por su culpa y que si no quería que el problema creciera era mejor irse. Sin muchas palabras de por medio agarró su bolso y se perdió. No me había dado tiempo para reconocer mi vía de escape. Quedaba un cuarto de vodka y el otro tipo no tenía intenciones de irse. Sus ojos ya no eran livianos, tenían un color espeso y debajo de ellos una sonrisa ganadora. Tiró dos tallas para no ser descortés y dije -yo también tengo que irme. A lo que me respondieron -tu no vas ninguna parte. Era la señal explícita de que la cosa andaba mal. La escapatoria iba minimizándose como Luke de piloto contra la estrella de la muerte. No podía ceder más terreno, así que me paré con autoridad, cogí el vodka y empecé a caminar sin mirar atrás. Su sombra me tocaba los talones. No iba a ser tan fácil. Apuré el paso. Mi opción era que no anduviera armado y que no supiera donde vivía. De esa manera no sabría cuánto me faltaba por caminar. Y efectivamente cometió un error de cálculo. Cuando quiso abordarme, ya estaba frente a la reja de mi casa. Nos pusimos a forcejear. Salió un vecino, dos, productos de los gritos. ¿Qué está pasando ahí?- dijo el vecino mecánico. Con tranquilidad respondí -Me quiere asaltar el muy puto. Mis dos vecinos lo acorralaron, entonces el tipo tuvo que soltarme y buscar ahora él como huir. Lo dejamos zafar y salió corriendo. Agradecí a mis vecinos y entré. Dejé el vodka en la mesa y pasé al baño a mear. Recordando el día, reí. El té de la tarde había salpicado para todas partes. Tito, Feña y el bandido corroboraban que la vida es cambiante como nómada. El lunes en la fábrica le pregunté a Tito que había pasado con su novia.

-¿Que va a haber pasado, macho? me dejó por tarado -respondió.